

“SERÁN COMO DIOSES”

(Génesis 3,5)

**Conferencia ofrecida en la Universidad Iberoamericana de México,
en el Seminario sobre Formación Humanista, el 27/08/2013**

Luis Ugalde, S.J.

“La hormiga conoce la fórmula de su hormiguero. La abeja conoce la fórmula de su colmena. No las conocen ciertamente al modo humano, sino al modo suyo. Pero no necesitan más. Sólo el hombre desconoce su fórmula” (Dostoievski). El hombre, carente de su fórmula, se encuentra fuera de sí mismo, perdido, alienado. Entre lo que es y lo que quiere ser se abre un abismo y se inicia la búsqueda creativa permanente, más allá de su instinto animal, que también es su base de vida. Búsqueda de la humanidad y de cada persona. En el mito bíblico del diálogo de la serpiente tentadora y Eva en el Paraíso, el astuto reptil, que encarna el engaño del mal, promete a los humanos que si comen del árbol prohibido de la ciencia del bien y del mal, “serán como dioses”, es decir lograrán la libertad y la plenitud(Génesis 3,5). También el mito de la Torre de Babel(Génesis 11) y el de Prometeo presentan - de diversas maneras- el intento y el fracaso de ser como dioses y alcanzar el cielo de su libertad y plenitud. La distancia entre lo ya poseído de la indigencia humana y su sueño y deseo de plenitud abre el campo de la búsqueda, creativa y transformadora. El hombre más allá de su instinto animal, se hace creador, inventor y productor que transforma. Es la civilización con sus logros y fracasos.

I. CONSTRUCTORES DE ÍDOLOS

En ese espacio, abierto por el alejamiento, la alienación y el deseo, entre lo que somos y lo que queremos ser, el hombre se convierte en constructor de ídolos. La humanidad es finita y trascendente. Todo ídolo se presenta como el supremo y exige sacrificios humanos. Sus creadores y guardianes se dedican a ensalzarlo y absolutizar su dominación y al mismo tiempo se constituyen a sí mismos en poderosos y dominadores. Su relación con los demás hombres es de dominación, convierten todas las cosas, y también a los humanos, en objetos e instrumentos de su afirmación y realización como único sujeto de poder. Se crean sistemas sociales en los que quien se sienta en la cúspide del poder político y social es hijo de Dios, hijo del Sol, o un ser supremo puesto en la tierra y consagrado por “la gracia de Dios”. En Japón, en Egipto, en México, o en Versalles con el Rey Sol, la cúspide del poder es indiscutible por derecho divino y el supremo poder se autodivinizan, mientras los súbditos sirven de pedestal. Pareciera que estas cosas pertenecieran sólo al mundo religioso, pero el reino secular que destierra toda religión crea también ídolos como la diosa Razón con sus promesas de liberación, o como Stalin, Kim Il Sung, Mao Tse Tung o Hitler. Todos prometen a sus súbditos (a sus sometidos) la felicidad y el paraíso a cambio de la sumisión total. En momentos estos ídolos se desdoblaron en poder político y poder económico absolutos y en otros se funden ambos, pues el poder de dominación tiende a ser monolítico. La riqueza, como dice Jesús de Nazaret, se convierte en Dios y exige sacrificios humanos de los pobres y despojados. La riqueza no lo es todo, pero ofrece comprar todo lo que el hombre anhela, incluso la felicidad permanente. También las religiones se alían con el poder y se fortalecen ambos, el uno refuerza la dominación física y el otro le otorga la

legitimación, la bendición de los dioses y la sumisión de los fieles, a cambio de la felicidad al menos en la otra vida.

Estas ofertas para ser como dioses construyen imperios y realidades impresionantes como las pirámides de Egipto, el Tercer Reich, el Estado comunista omnipotente sin propiedad privada, con la promesa de abrir las puertas del paraíso sin mal y sin fin, o las formidables construcciones instrumentales de la Ilustración y de la modernidad científico-tecnológica. Nunca antes la humanidad conoció unas construcciones tecnológicas, unas torres de Babel tan exitosas, tan generalizadas y tan universales como la promesa de alcanzar a todos en una cadena de consumo y satisfacciones sucesivas sin fin.

Como vivimos en esta etapa de la emancipación secularista y de la utopía de la razón(a veces anti utópica), vamos a presentar unas pinceladas del cuadro contemporáneo.

II. BÚSQUEDA RACIONAL-POSITIVISTA DE UN MUNDO SIN MAL

Lo que predomina en el mundo moderno se cimentó en el mito-utopía de la diosa Razón que con su iluminación prometía librarnos de todo mal. Derivado de él y contradiciéndolo, es el mito-utopía del paraíso comunista en la tierra, del hombre nuevo libre para siempre de todo mal, privación y alienación. Para ambos la fe cristiana era enemiga de la humanidad y mantenía el oscurantismo y la alienación. La fe era incompatible con la ciencia y también con la justicia social. La humanidad anterior a esas revoluciones era religiosa, oscurantista y alienada, apenas era la prehistoria humana.

Hoy somos herederos de una revolución cultural, con su expresión productivo-económica y político-social y testigos del fracaso de sus dos utopías seculares arreligiosas. Pero todavía no hemos sacado las consecuencias de este fracaso. La Ilustración, como revolución cultural que entroniza la razón, prometía en el siglo XVIII europeo un nuevo estadio de la humanidad libre de todo mal. Según la ilustración el mal se debe a la ignorancia y el Gran Arquitecto del Universo hizo un mundo conforme a razón y regido por leyes racionales que, si se respetan, producen la armonía y el bien. La religión precedente ha sido oscurantista y frente a ella la Ilustración racionalista llevará a conocer esas leyes ocultas en la naturaleza de las cosas. Su descubrimiento y seguimiento fiel traerá automáticamente el bien, pues el mal lo hacemos por ignorancia. No solamente hay las leyes naturales de la física y la biología, también la economía, la psicología y la sociología (“física social”) tienen sus leyes racionales. En la medida en que las conozcamos y las adoptemos sin interferencia de autoridades externas, ni leyes morales, la sociedad se librará de la ignorancia y del mal. De ahí - por ejemplo- deducen que en la economía liberal, sin intromisión estatal ni sometimiento a leyes éticas externas, por la búsqueda del propio interés de cada uno se produce la felicidad de todos a causa de esa misteriosa armonía preestablecida que se expresa en el mercado libre. Y así en otras dimensiones de la conducta humana.

Es cierto que la Ilustración, el racionalismo y el libre mercado produjeron maravillas de progreso. Pero también que la economía liberal, sin estado, ni moral, ni leyes, ni organizaciones laborales, produjo una espantosa miseria proletaria que estaba en pleno apogeo en la segunda mitad del siglo XIX en Europa. Un siglo después, la conciencia humana, las luchas sociales y las terribles guerras, llevaron a esas mismas sociedades a la corrección y, por la combinación del mercado con el Estado protector del bien común y expresión de la ley, produjeron modelos de bienestar impensables antes; pero estos logros son siempre inestables, mejorables y reversibles de acuerdo a la responsabilidad solidaria de cada generación. Para ello

se requiere el reconocimiento de los otros como sujetos legítimos de aspiraciones y productores de su vida digna y la solidaridad con ellos, si se quiere una sociedad crecientemente humana.

A mediados del siglo XIX, en el momento de más auge del liberalismo y de la burguesía revolucionaria de los medios de producción y fábrica de la miseria proletaria con sus funestas consecuencias sociales, otro racionalista ilustrado, Carlos Marx, dijo que había descubierto una ley científica que explicaba el origen de toda esa miseria proletaria y alienación humana, que era la clave para producir en la tierra el definitivo paraíso sin mal y el hombre nuevo. La raíz de la alienación consistía en la apropiación privada de los medios de producción; ella sería la causa de la miseria y de la explotación humana y su eliminación por la revolución proletaria abriría la puerta de entrada al paraíso y el hombre nuevo sin estado, ni religión, sin divisiones ni escasez.

Para ambas utopías racionalistas, la liberal y la comunista, la religión era no sólo innecesaria, sino contraproducente. Para Marx era incluso la quintaesencia de la alienación humana. Para unos la ciencia racionalista era incompatible con la fe y ésta, al implantarse el racionalismo científico, quedaría como cosa del pasado oscurantista. Esto trajo el consiguiente debate Fe-Ciencia en el que el mundo cristiano (un tanto a la defensiva) afirmaba que la fe cristiana y la ciencia no eran incompatibles, sino verdades de diverso orden. Lamentablemente se tardó más de un siglo en admitir que no eran ni absolutos ni excluyentes (Concilio Vaticano II) y por tanto no debían buscar la eliminación del otro, sino el complemento mutuo.

Luego vino el debate Fe y Justicia. De acuerdo al enfoque marxista, una vez eliminadas la miseria material y la explotación humana, la fe se extingue al quitársele la base material, pues ella es el “opio del pueblo” para adormecer su sufrimiento, el “suspiro en la miseria” y “el corazón de un mundo sin corazón”. Una vez suprimida la raíz de la alienación y eliminada toda injusticia, la religión muere, carente de todo sustento material.

La irracional aplicación de la racionalidad instrumental está a la vista, luego de dos siglos y medio de vigoroso caminar ilustrado es que las leyes racionalistas por sí solas - ni las liberales ni las marxistas – no producen automáticamente una sociedad justa, libre de explotación y de todo mal. Hoy es empíricamente evidente que el mal existe en las sociedades ilustradas y también en las que se suprimió la propiedad privada; y que ni la paz, ni la justicia social, ni el hombre nuevo florecen con sólo el avance racionalista, pues las leyes científicas y la tecnología instrumental no llevan incorporadas en sí mismas su aplicación unilateralmente buena a favor de la liberación humana. Sigue siendo verdad que con frecuencia no hacemos el bien que queremos y hacemos el mal que no queremos. Lo que es empíricamente demostrable es que las leyes racionales desatan enormes potencialidades humanas que pueden ser aplicadas para más vida y dignidad de todos, pero también para más muerte y opresión. Está a la vista que las dos guerras más espantosas y los dos regímenes totalitarios más monstruosos, se produjeron en la Europa más adelantada y se apoyaron en los mejores avances científico-tecnológicos y organizaciones políticas de mayor eficacia de dominio racionalista con fines y promesas míticas y utopías (el Tercer Reich y el Paraíso Comunista) de ilusa plenitud en la tierra. Todo eso no es algo que ocurrió en el siglo XX y quedó definitivamente superado, sino que su amenaza permanece, pues cada vez hay más potencial destructivo y sigue siendo verdad que “el hombre es lobo para el hombre” (Hobbes); pero al mismo tiempo esos mismos lobos tienen en sí vocación de hermanos por el reconocimiento, afirmación y amor de los unos por los otros.

III. LA UTOPIA ENTRE LA ESPERANZA Y LA OPRESIÓN TOTALITARIA

Somos conscientes de que no hay utopía plenamente realizable - ni la liberal, ni la marxista, ni laica ni religiosa - pues descansan sobre un error antropológico-espiritual. La historia ha demostrado (ver Revolución Francesa, Rusa, Nazi...) que todo régimen político con pretensión de atrapar y encarnar en sí la plenitud utópica cae en el totalitarismo de un signo o de otro. El valor positivo de la utopía está en ser siempre horizonte y deseo interior de superación permanente de una humanidad cuya plenitud no tiene lugar en la historia (uk topos) sino –de acuerdo a nuestras convicciones cristianas- en la plenitud del amor de Dios que se nos da.

En la lógica dominante y exitosa del **racionalismo instrumental unidimensional** el hombre es objetivado y el “*homo faber*” se convierte en “*homo fabricatus*”, es decir en objeto producido; cada uno se siente a sí mismo sujeto y a los demás objetos. Él a su vez para los otros es objeto, objeto de producción, de dominio y de utilización, conforme a los intereses e instintos propios. Esto ocurre en los individuos, en las corporaciones y en las naciones. De ahí el choque permanente de dinámicas objetivadoras y poseedoras contrapuestas. Por eso no se da la afirmación del otro como sujeto reconocido y amado, sino se busca su sometimiento e instrumentalización: el esclavo, el extranjero y el pobre, el de otra cultura y nación no tienen sentido en sí, sino en mí.

Por ejemplo, vemos en la conquista de América el enfrentamiento de una dinámica de búsqueda de riqueza por parte de los españoles, que en consecuencia suponía el despojo de los indígenas y su reducción a la condición de objetos e instrumentos de los dominadores. Esa lógica lleva a la religión cristiana a instrumento de legitimación de los atropellos y el asesinato de culturas y la dominación de pueblos se metamorfosea en caridad que los saca de su barbarie. Ya desde la primera hora de la conquista de América surge desde dentro del cristianismo el grito contrario, como expresa Bartolomé de Las Casas (convertido él mismo de esclavista de indios en su defensor) al referir el sermón del dominico Antonio de Montesinos en La Española en 1511 a los conquistadores y colonos que despojaban y trataban a los indios como objetos e instrumentos de sus intereses:” *¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?*”.

El reconocimiento de los indios como personas y su dignidad y condición de sujetos, desató toda una larga batalla real e intelectual, en América y en la Corte de España y produjo frutos como la pronta prohibición de la esclavitud indígena, el “derecho de gentes” de Francisco de Vitoria contra el derecho de conquista de la teología oficial, la denuncia de José de Acosta de la escandaloso reparto de indios en encomiendas semi-esclavistas, o la formidable construcción mixta(con elementos civilizatorios indígenas y europeos) de las repúblicas de las “Reducciones Jesuíticas del Paraguay” para lograr un orden económico social y político donde los indios se transformaran en protagonistas, productores y beneficiarios de sus repúblicas y no fueran cazados por los portugueses para venderlos en sus mercados esclavistas, o repartidos por los españoles en encomiendas como objetos e instrumentos de producción de riqueza para sus dueños. El esclavo es vendido, comprado y matado, según la conveniencia propia. Los otros pueblos saqueados y dominados, se convierten en bienes para mí. La guerra y la ley del más fuerte son inevitables en esta dinámica, a veces atenuada por el miedo mutuo y por la limitada capacidad tecnológica de aniquilamiento o destrucción.

IV. EL HEDONISMO INDIVIDUALISTA, EL PODER Y EL TENER COMO ABSOLUTOS

Hoy en muchas sociedades se vive una etapa post-utópica donde se entroniza el hedonismo y el consumismo siempre creciente y renovado con la ilusión de lograr así la realización humana. Para ello hay que evitar la pregunta por el sentido de la vida y también de la muerte inexorable, como si dejara de existir si no la pensamos. La cultura dominante transmite lo que el libro de la Sabiduría pone en boca de los impíos: *“Nuestra vida es el paso de una sombra, y nuestro fin no puede ser retrasado; está aplicado el sello, no hay retorno. Por eso, a disfrutar de los bienes presentes, a gozar de las cosas con ansia juvenil... que sea nuestra fuerza la norma de la justicia, porque está visto que la debilidad no sirve para nada”* (Sabiduría 2,5- 13). Tampoco este desengaño histórico produce humanismo.

Ante la dificultad de humanizar el mundo y domesticar sus poderes está la tentación de construir dos mundos totalmente separados y distintos: uno regido por la dinámica de objetivación e instrumentalización del otro, que construye un mundo mundano donde reinan exitosamente (al menos para algunos) el poder, el poseer y el hedonismo individualista guiados por los instintos: el reino de este mundo; y el otro, el Reino de Dios y sus valores evangélicos relegados al desierto de los monjes, a la mera interioridad, o a la “otra vida”. Se dividen radicalmente los espacios sagrados y profanos de la humanidad y se hacen pactos de complicidades. Todo menos hacerse cargo con la fe-amor de este mundo y transformarlo metiendo la levadura dentro o descubriendo el Espíritu que alienta dentro, tanto en lo privado como en lo público de la sociedad.

El gran reto es afirmar y asumir la racionalidad y los instintos, pero reconocer que el mundo, en la medida en que sea dominado por ellos como reyes absolutos y autosuficientes, es y será un infierno por la incapacidad de gratitud mutua que, al darse al otro, se encuentra a sí mismo en el nosotros. El aporte del cristianismo en el siglo XXI (junto con otros religiosos o seculares) es asumir esta realidad y transformarla por el amor que hace sujeto al otro, negar la bendición de Dios a toda dinámica de dominación que priva al otro de su condición de sujeto creador y corresponsable. No hay paraíso en la tierra, ni habrá tierra sin mal, ni hombre nuevo definitivo que por su naturaleza nueva y por las leyes naturales sólo herede el instinto de hacer el bien y donde los prodigios de la razón sólo sean aplicados para el bien, para la paz y el diálogo y no para la guerra y la destrucción. Por el contrario, Cada generación, cada persona se siente llamado libre y responsablemente a ser hombres y mujeres nuevos. Cada uno se encuentra con el herido y por él es invitado, como el buen samaritano, a com-padecerse y sim-patizar y hacerse hermano de él, aunque nunca lo haya visto y pertenezca a un pueblo “enemigo”, como el samaritano. Todos recibimos o rechazamos a Dios cuando “tuve hambre y me dieron de comer... (Mateo 25)

V. JESÚS COMO CLAVE VIVENCIAL DEL ENIGMA HUMANO

En la lógica racionalista la fórmula humana estaría en la combinación libre y sin trabas de los instintos humanos con las leyes racionales positivas insertas en la condición humana. Pero, como dice Dostoievski, esa fórmula dista de ser satisfactoria. Con su aplicación se potencia la capacidad de matar y destruir.

Fe- Amor y Humanización

La clave de la humanización y del uso humano de la racionalidad instrumental está en el aprendizaje de cada persona y de las sociedades a salir de sí mismos y encontrarse con el otro en el “nosotros” y en la correspondiente creación de institucionalidad social, instancias públicas nacionales e internacionales con leyes y autoridad. Los cristianos “conocemos internamente” que Jesús nos ofrece esa clave en el Dios-

Amor gratuito y que la fe-amor que lo recibe es imprescindible para la humanización, pues ella reconoce y afirma al otro por encima de los dioses que lo reducen a objeto. Dios-amor nos hace sujetos e interlocutores de Él y de unos con otros. La humanidad no será humana si se reduce a 6.000.000.000 millones de individuos, cada uno buscando hedonísticamente su propio interés. La sociedad humana es algo muy distinto de la yuxtaposición de individuos.

Por otra parte es evidente que el desarrollo de la racionalidad instrumental dispone de medios prodigiosos y posibilidades de desarrollo capaces de vencer limitaciones, pobreza y muchas carencias de la humanidad, aunque no la muerte. Hoy el gran déficit de la humanidad no está en la imposibilidad instrumental, sino en la falta de voluntad para usar los instrumentos con solidaridad para que el mundo entero pueda disfrutar y afirmar en paz la vida, dignidad y unidad, dentro de la diversidad. Esto depende de la conversión del corazón y de la apertura de las voluntades humanas hacia un “nosotros” de reconocimiento y una afirmación mutua como sujetos. La racionalidad instrumental se ha potenciado y su hegemonía se concentra en pocos centros de poder económico-financiero y político, para el incremento de sus intereses propios, lo que genera nuevas amenazas y desvíos de recursos hacia el enfrentamiento y la muerte. La brecha de pobres y ricos es escandalosa y la carencia de alimentos de cientos de millones revela el uso irracional de las posibilidades técnicas racionales. El Dios-Amor que vive y nos ofrece Jesús es lo que da sentido e invita a ordenar los instrumentos para que el hombre viva. Esa es la gloria de Dios.

Al mismo tiempo es tal el potencial transformador desarrollado, que el hábitat de la humanidad está amenazado y el dominante (e idealizado) modelo económico de producción y de consumo - si se generalizara a todas las naciones y a toda la población- destruiría la tierra. Lo que hace ver que no basta la racionalidad de los medios, sino que es necesaria la racionalidad de los fines en términos humanistas y de defensa de los derechos humanos de todos, los que viven y los que vivirán en el futuro. Sólo así es sustentable el desarrollo.

De esta manera pasamos de la fe sentada en el banquillo por la razón a reconocer que la humanidad no logra su reconciliación, ni avanza en su humanización sin la conciencia del otro afirmado como sujeto y sin la voluntad de formación en valores con una visión de la sociedad universal, inclusiva y humanizadora. Es decir, tanto la ciencia como la justicia social requieren de la fe-amor para producir un mundo humano. Por eso hoy los cristianos tenemos el gran reto de asumir la razón instrumental y la lucha por la justicia con su horizonte de plenitud utópica, pero al mismo tiempo vivir al Dios-Amor que impide la esclavitud del economicismo consumista y de la utopía convertida en Estado opresor con su pretensión de encarnar la tierra sin mal y crear el hombre nuevo. Afirmamos que la ciencia necesita de la fe-amor para que su aplicación sea plenamente humana y que la justicia social es imposible sin esa fe-amor. Naturalmente hay que discernir cuál es esa fe, pues la religión puede ser también la gran aliada y legitimadora de sistemas de opresión y alienación y en nombre de la fe cristiana se han desatado crueles guerras e inquisiciones. Nosotros como seguidores de Jesús no apoyamos cualquier forma de religión, ni cualquier pasado de la cristiandad, sino la vivencia del Dios-Amor en Jesús y el valor no instrumental de todos y cada uno de los seres humanos (Juan, Primera carta 4,1-40).

La antropología humana y la espiritualidad cristiana consideran que los seres humanos **no tendemos exclusivamente al bien y a la verdad**, sino que estamos inclinados también a crear ídolos y falsos dioses que se alimentan de la dominación y de la exclusión humana. El crecimiento de la racionalidad instrumental no elimina la vieja verdad antropológica, común a hombres y mujeres de que *“no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero”* y que soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo (Pablo Romanos 7,15-18) El mundo y el corazón humano son campos de batalla entre el bien y

el mal, pero no en ejércitos contrapuestos sino entremezclados. La antropología y la historia nos dicen que el hombre y la mujer son al mismo tiempo individualistas y solidarios, que el “homo homini lupus” (que el hombre es lobo para el hombre) de Hobbes es verdad, pero también lo es que el hombre es hermano para el hombre. No somos “yos” completos individuos autosuficientes que luego se relacionan. Nacemos del nos-otros y nos realizamos como “yos” en el “nos-otros”

En esa realidad ambigua se debate y forma la libertad humana responsable. En ella entra **la espiritualidad** como realización y como camino de libertad. Jesús nos muestra que la felicidad está en darse y que quien da la vida por amor la encuentra, aunque pareciera que la pierde.

Jesús nos enseña - y la experiencia lo demuestra - que para realizarse como persona, hay que **salir de sí** y encontrarse en el **nosotros**. Salir de sí que significa dar la vida por el otro, afirmar al otro en sí, establecer con él una relación de gratuidad y no de dominación. Esta dimensión de gratuidad (presente en el reconocimiento y amor al otro), tan evidente en el ámbito familiar, se percibe cada vez con más claridad como necesaria para toda convivencia humana. Su ausencia, termina en un “darwinismo social” donde sólo los más fuertes disfrutarán de los adelantos y también de los bienes escasos de la humanidad como serán el agua, ciertos combustibles, la atmósfera pura, la paz y la seguridad... La “opción preferencial por los pobres”, por los hombres y mujeres sin atributos especiales, es un distintivo cristiano y humano, que apunta a la inclusión en el amor radical de Dios, no sólo a los más cercanos y a los que más valoramos y debe ser nuestro rasgo distintivo.

Jesús nos revela que Dios es Amor gratuito y que la única manera de “ser como dioses” es recibiendo y dando amor. Jesús es el hombre que se da y dándose es Dios para nosotros. Como dirá S. Ignacio tenemos que aprender a “sentir y gustar internamente” este misterio humano-divino de la gratuidad y del don. Lo experimentamos cuando salimos de nosotros mismos para dar vida al otro. En la parábola de Jesús el buen samaritano al hacerse prójimo del herido encuentra el sentido de su vida y el Maestro nos dice que esa es la clave de nuestra vida. Esa es la “fórmula” que no está en ninguna ley natural racionalista, sino en la libertad, en la conciencia y en el amor. Somos “benditos del Padre porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber”.... Ahí en el más pequeño nos encontramos con Dios, con el Amor que es más fuerte que la muerte. Por eso el que da la vida por otro, aunque parezca que la pierde la gana. Es la Resurrección de Jesús y la nuestra. Ahí está el misterio y el gran aprendizaje: salir de sí mismo, pasar del “yo” al “nosotros” fraterno.

Ese amor mayor es el único capaz de irrespetar y derribar los ídolos de este mundo que oprimen. El ídolo del poder, del tener y también el ídolo de la religiosidad que hace al hombre esclavo del sábado y no al sábado para el hombre.

Al mismo tiempo el Espíritu de Jesús nos enseña a valorar como medio todo lo que ayuda a la humanización y a la defensa y desarrollo de la vida digna. Valoramos como subordinados a la dignidad humana e instrumentos de humanización la razón instrumental y sus productos científico-tecnológicos, la utopía, el poder, los haberes... El amor asume todo ello y lo domina para convertirlo en instrumento de humanización y no de dominación y alienación.

VI. EL CAMINO CRISTIANO AL MODO IGNACIANO

Ignacio de Loyola dice que en 1522 en su segunda conversión llamada “la ilustración del Cardoner” tuvo *“una gran claridad en el entendimiento” “entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas*

espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas". (Autobiografía N. 30) De nuevo cambió su vida para prepararse a transmitir a los demás en sus Ejercicios Espirituales esta experiencia transformadora. En resumen entendió que necesitamos hacernos libres ("es menester hacernos indiferentes" dice en el Principio y Fundamento) no hacer ídolos, sino recibir el Dios gratuito que se nos da y ser capaces de ordenar los medios para los fines, para la mayor gloria de Dios, que es la vida digna de los hombres y mujeres como hermanos e hijos de Dios.

San Ignacio busca esa liberación al ponernos a contemplar el amor que recibimos. Al sentir y gustar internamente ese amor recibido se produce la respuesta. Así lo presenta Ignacio en las meditaciones de la vida de Jesús y en la última contemplación que él llama "Contemplación para alcanzar amor", que no es otra cosa que contemplar en todo la presencia y acción del amor de Dios lo que hace brotar en nosotros la respuesta de amor y de entrega. No es la respuesta sumisa a un mandato externo, sino la respuesta amorosa al amor recibido. Es lo que nos hace capaces y deseosos de "en todo amar y servir". **Contemplar el amor que se me da para poder en respuesta "en todo amar y servir"**. Así el camino de Ignacio tiene los siguientes pasos:

- Es **necesario hacernos libres** (indiferentes) de las ataduras (dioses).
- La **gratuidad de Dios-Amor** que se nos da en Jesucristo nos hace libres.
- **La contemplación** de tanto bien recibido nos lleva como respuesta a "**en todo amar y servir**": salir de sí, darse, afirmar al otro. De ahí se nutre nuestro humanismo y acción humanitaria.
- **Saber mirar la realidad y discernirla** para ordenar, interior (mociones y engaños) y exterior (el desorden del mundo).
- **Acción para ordenar medios y fines**. Dar sentido y convertir los "dioses" opresores en instrumentos de vida.

Para Ignacio "el amor se ha de poner más en las obras que en las palabras" y por eso la respuesta de personas centradas en el amor y ordenadas interiormente lleva a la acción y a ordenar el mundo con la clave del amor. Esa es la "fórmula" humana y el modo de encontrarla.

El Poder, la Necesidad y la Ética desde que sabemos de la Humanidad no andan de la mano ni en armonía. A los que tienen necesidad les falta poder; quienes gozan de poder parecen menos interesados en someterlo a la ética. Está claro que el encuentro de la necesidad humana y el poder no se produce, como ofrecían la ilustración liberal y la marxista, por medio de leyes cuyo desarrollo inexorablemente conducía al paraíso y al nuevo hombre.

Hay también algunas novedades en la manera misma de entender cada uno de los tres componentes. Por ejemplo, la ética y la religión, que en el pasado parecían realidades humanas indiscutibles y de superior jerarquía con su "deber ser", hoy lucen arrinconadas y acomplexadas. Para cierta cultura ambiental incluso carecería de sentido la pregunta fuera de lo factual: lo que es, es lo que debe ser, parecieran pensar muchos.

VII. UNIVERSIDAD IGNACIANA COMO ESPACIO DE FORMACIÓN DE HUMANIZADORES

La Universidad ignaciana busca la formación integral basada en la verdad humana y no acepta la reducción a la exclusividad de la razón instrumental. La formación de los estudiantes, su aprendizaje, la

investigación y la identidad institucional en la sociedad preguntándose siempre qué universidad queremos para qué sociedad han de llevar ese sello humanizador. Por eso de manera inseparable afirma y cultiva los tres binomios:

a) Fe-Amor. Gratuidad y persona. “En todo amar y servir”.

b) Fe y Razón. Valoración de la razón como instrumento y su insuficiencia.

c) Fe y Justicia. Ordenamiento de la sociedad. Amor y afirmación de la dignidad humana. El poder como instrumento de humanización. Mediaciones sociales...

d) Calidad: formar conscientes, competentes, compasivos y comprometidos

Se habla de educación de calidad y hay que precisar qué se entiende por calidad. ¿Sólo capacitación competente en racionalidad instrumental?

La educación ignaciana entiende por calidad **formar personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas**¹ Cuatro Cs que se complementan y que juntas constituyen lo que entendemos por una **educación de calidad**. ¿Qué entendemos por cada una de estas características?

Conscientes: Personas que entienden la vida como un don y agradecen su dimensión de gratuidad.

Personas que se reconocen como invitadas a ser co-creadores responsables de sí mismas y de su mundo; llamadas a cuidarlo y mejorarlo y a hacer el bien. Personas que desarrollan conscientemente su libertad para decidir y usarla responsablemente. Personas que reconocen la dignidad de las otras personas. Que aman la propia realización y la de los otros. Que entienden que los demás no son objetos suyos, sino personas igualmente llamadas a realizarse en un “nos-otros” que los incluye.

Personas que reconocen como su sentido y razón de ser a Dios-Amor, que nos crea a su imagen y semejanza y es origen y sentido de la vida: de la que recibimos y de la que construimos libremente.

Competentes: En educación tratamos que al término de cada etapa la persona haya adquirido las competencias que son razonables y deseables para esa etapa.

Ser competente significa no defraudar a otros que buscan los buenos servicios de esa competencia. Cuando decimos que un médico, un abogado, un ingeniero, un electricista o un maestro son competentes, decimos que nos podemos fiar de su capacidad profesional y que es capaz de dar el servicio de calidad que se espera de él. Por el contrario el incompetente es un fraude y su incapacidad produce males: un aviador estrella el avión, un maestro deseduca y un médico mata.

Las competencias son específicas a cada etapa educativa y a cada edad en formación. Las sociedades establecen las competencias que deben ser adquiridas en las diversas etapas de la educación inicial, primaria, secundaria o superior.

Un título promete una profesionalidad competente en determinada área: sabe de eso. Quien no la tenga, engaña y defrauda a la sociedad.

¹ El P. Peter-Hans Kolvenbach en su discurso “La Pedagogía Ignaciana, un Planteamiento Práctico” (Villa Cavalleti, 29 de abril 1993) afirmó que “...el fin de la educación de los jesuitas es la formación de hombres y mujeres para los demás, personas competentes, concienciados y sensibilizados para el compromiso”. Sus palabras fueron asumidas en el Documento oficial de la Compañía, publicado en julio de 1993 con el mismo título, en estos términos, al referirse al objetivo último de la educación que se imparte en las instituciones promovidas por la S.J.: “pretendemos formar líderes en el servicio y en la imitación de Cristo Jesús, hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión”.

El uso de una competencia es ambiguo: una persona muy competente puede usar sus habilidades y profesionalidad para construir o destruir, para explotar o servir, para actuar con verdad o falsedad, para dar vida o matar.

Por eso no basta formar personas competentes, sino que se requieren las otras 3 Cs para que la formación sea de calidad.

Compasivos: Amar al prójimo como a ti mismo significa que no sólo reconocemos y amamos nuestra vida, sino también reconocemos y amamos la vida del otro como la propia y nos solidarizamos con su privación.

Significa que somos cuidadores de los demás y corresponsables (como reclama Dios a Caín). Que tenemos sensibilidad para ver y responder a las necesidades del otro: padecemos con él, le tenemos simpatía, somos solidarios con él.

En el Evangelio aprendemos que el prójimo no es sólo el pariente, el amigo y el vecino, sino también el desconocido, distinto y lejano. Hoy entendemos mejor que la humanidad es una y cercana y que aun de los lejanos hay que hacerse hermanos.

Con nuestro amor y compasión nos hacemos hermanos y así nos transformamos a nosotros mismos (parábola del samaritano). Jesús nos dice “Haz eso y vivirás” (Lucas 10,28). Con eso ganamos la vida. Hacemos hoy humanidad cuando ese espíritu alienta la política, la economía y la cultura... Somos portadores de esa esperanza. Lo contrario es odio, guerra y muerte.

Jesús nos dice también que Dios está ahí en ese reconocimiento (1ª carta de Juan 4,12) y que lo que hacemos con el más pequeño lo hacemos con El (Mateo 25). En la hermandad y amor nos encontramos con Dios. Por eso S. Ignacio busca y pide que podamos “en todo amar y servir”.

Vivir eso es vivir con el Dios de Jesús, Padre y Madre que nos hace hermanos.

Un mundo sin esta dimensión floreciente es un infierno donde unos para otros somos lobos (“*Homo homini lupus*”, Hobbes).

Comprometidos: Con la vida y con la humanidad. Comprometidos con la solución de los problemas que aquejan a la humanidad de nuestro tiempo. Esto, junto con los rasgos anteriores, se contraponen al individualismo egoísta que sólo va a lo suyo, sin importarle los males de los demás. A la compasión el compromiso le añade actuación con visión de la realidad, la comprensión de las causas de los males, la construcción de instituciones y estructuras de valor.

En un mundo tan interrelacionado e interdependiente el comprometido asume lo público, como plataforma de bien común, nacional e internacional. El comprometido busca su bien, pero al mismo tiempo busca que sea bueno para los demás. Busca estructuras sociales e instituciones para que todos tengan oportunidad de vida digna, pues las sociedades que excluyen y niegan a una parte de ellas cultivan a la larga el conflicto y la mutua destrucción.

El comprometido tiene creatividad de nuevas posibilidades partiendo con una visión crítica de las negaciones que mutilan la humanidad.

Cuando en nuestra educación buscamos **formar personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas**, entendemos la vida como un don recibido que a su vez es don para otros. Jesús enseña que no gana la vida quien domina y oprime, sino quien sirve. El que dona su vida, aunque parece que la

pierde, la gana. Este misterio de la vida es el alma de nuestra educación que **busca formar hombres y mujeres “para los demás” y “con los demás”**. Ese es el misterio de El Resucitado que por dar su vida no la pierde, sino que la gana y nos dona por amor y nos invita a hacer nuestro ese camino.

Los conscientes, competentes, compasivos y comprometidos potencian su profesión con su espiritualidad y su espiritualidad se potencia con la competencia profesional y capacidad de transformar y construir un mundo más humano.

VIII. VISIÓN, OPCIÓN Y ACCIÓN EN LA UNIVERSIDAD IGNACIANA

La universidad ignaciana busca formar hombres y mujeres deseosos de en todo servir y amar y con entendimiento y gusto interno por el sentido de la vida en ser “hombres y mujeres para los demás y con los demás”.

El amor a la vida y en la vida no se resuelve sólo con la razón. En ese sentido para las personas, instituciones y culturas, es cierto lo que afirma Pablo en la carta primera a los Corintios: *“Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia.... Si no tengo amor, nada soy”* (1 Cor. 13, 2).

No vemos argumento racional positivista que demuestre que es más científico hacer casas de atención para los de la “tercera edad”, que eliminar a los ancianos que, luego de su vida productiva, se vuelven carga pesada e “inútiles” para la sociedad. Lo mismo podemos decir de los “niños de la calle”, de los presos delincuentes, e incluso de algunos países enteros que en su pobreza pueden considerarse un lastre para la humanidad. La razón no da para más y con frecuencia se utiliza para justificar crímenes. Viene de otras fuentes la convicción del valor absoluto de la vida humana sin importar cuán débil, pobre y molesta sea la persona. ¿Es tan secundaria esa dimensión que se pretende lograr un mundo mejor sin cultivarla, sin espacio público para ella y con mera tolerancia de su sobrevivencia oculta?

Ante los logros e insuficiencias de la razón instrumental, no sólo se caen las promesas iluministas de plenitud, sino que surgen en toda persona honesta (creyente o no) las preguntas: ¿Dónde se aprende el amor que da sentido a la vida y la mejor aplicación de la ciencia para defenderla? ¿Dónde se aprende a no ser Caín, sino Buen Samaritano?

Es obvio que el mundo actual, donde los poderes (políticos y económicos) tienen a su servicio todo el potencial de la ciencia y la tecnología modernas, vive sin embargo en amenaza de muerte por agotamiento de recursos básicos y destrucción del medio ambiente; por la pobreza, la guerra, la incapacidad diálogo mundial entre distintas culturas que se reconocen y se valoran como parte de una humanidad única con pluralidad de pueblos, razas, culturas y religiones.

En AUSJAL en los últimos años venimos haciendo un esfuerzo de definición común para trazar en este sentido un camino compartido. En vista de la obligada brevedad de esta presentación vamos a enumerar algunos rasgos (no exclusivos pero sí importantes) de esta inspiración:

Antropología solidaria e inspiración abierta a un Dios trascendente, cercano y hermanador, entendido y vivido como Amor, tal como se nos manifestó con rostro humano en Jesús de Nazaret. En definitiva en Jesús se nos muestra Dios como Amor trascendente y no como reflejo de los poderes humanos, un Dios que es pura gratuidad y que revela el sentido de la vida de cada uno cuando se abre como don hacia los otros. Para encontrarse a uno mismo y su realización es necesario abrirse a los otros, en el “nosotros”.

Esta no es simplemente una verdad cristiana para los cristianos, sino una revelación de la condición humana de toda persona en la que nos encontramos con lo más humano-divino de nosotros mismos.

Radical afirmación de la dignidad humana, no instrumentalizable. Hay una tendencia humana a percibir y a utilizar todo lo que le es exterior como un instrumento para su realización; así ocurre con las cosas, los animales y con la naturaleza que rodean a la persona. También está presente en la relación con los demás seres humanos, como vemos en los niños. Esa tendencia requiere el complemento dialéctico de otra tendencia humana a la afirmación del otro en sí mismo. Nosotros nos consideramos como cocreadores del mundo y como cuidadores de su equilibrio, usando las criaturas tanto cuanto nos ayuden, pero de tal manera que no las llevemos al agotamiento y a la extinción y privemos a las futuras generaciones de una Tierra habitable. En cuanto a los seres humanos, nuestros valores reconocen que, por el mero hecho de serlo (no por su fuerza, riqueza o belleza) no son éticamente instrumentalizables y que tienen en sí mismos un fin trascendente y no subordinado a nosotros. Esto es fundamental en una cultura en la que tanto vales cuanto consumas o produzcas; o en sistemas políticos en los que las personas sólo son valoradas como fichas al servicio del poder. Lo mismo se diga de las demás relaciones humanas fundamentales, como son las familiares y las sexuales. La humanización no es algo logrado sino una vocación, una tarea que pasa por el camino que cada uno hace del yo al nosotros.

Opción preferencial por los pobres. En los últimos 40 años la Iglesia latinoamericana “redescubrió” esta identidad evangélica fundamental y ayudó a que el conjunto de la Iglesia lo recordara; la civilización humana misma debe examinar y aprender a medir su calidad humana por su relación a los pobres, oprimidos y marginados y por su decisión para liberarlos. Desde la orilla y desde las víctimas se ven con particular claridad el valor humano y el corazón de una civilización. Con frecuencia las realizaciones culturales deslumbrantes son amasadas con sangre y sustentadas sobre las espaldas de una mayoría de esclavos. Nosotros no proclamamos la opción por los pobres como un principio filosófico, ni como una medición racionalista. La Biblia dice que quien maltrata a la viuda, al extranjero, al huérfano y al pobre, se encontrará con la ira de Dios, pues Él es defensor de los débiles. Jesús nos dice que lo que hagamos con el más pequeño lo hacemos con El. Esa es la dimensión sagrada del pobre, su dignidad irreductible: quien la niega, niega a Dios, niega a la vida. No son separables el amor de Dios y al prójimo, de manera que los creyentes podamos tener aquel sin éste.

La relación con el pobre concreto nos da la medida de nuestra fe, de nuestro sentido de la vida, de la calidad de nuestra economía y política. También a esta luz se evalúan nuestros sistemas políticos, económicos y culturales. Sociedades con mayorías excluidas y empobrecidas revelan sistemas que deben ser transformados o combatidos. Nos esforzamos en que ésta sea una evidencia que empape toda la formación en las universidades de nuestra red.

Afirmación de la razón y de los poderes como realidades importantes y ambiguas, necesitadas de desarrollo, discernimiento y de ordenamiento adecuado de medios a fines. Como universidad afirmamos la razón y las ciencias y buscamos el máximo desarrollo autónomo de ellas y de las diversas formas de los saberes. Pero explícitamente tomamos distancia de los restos todavía vigentes de la antigua utopía racionalista de la ilustración que proclamaba la plena liberación humana por la razón.

Luego de valorar los grandes aportes de la modernidad, vemos que en concreto en el mundo en el que actúan los actores reales hay modos específicos de aplicación de la política, de la economía y de la ciencia que tienen rasgos profundamente antihumanos y que estos son dominantes.

Todo ello es contenido ético que en la práctica resulta contracultural y hasta subversivo. Nuestras universidades deben fomentarlo, pero saliéndose de toda ingenuidad y sabiendo que la aplicación predominante de la ciencia económica o del derecho internacional no son neutrales, sino con frecuencia subordinados a los esquemas de poder mundial predominante. Si se continúa con la ingenua suposición de que la aplicación del poder o de las leyes económicas es neutral, la Universidad contribuye a deformar la visión de la realidad. Las supuestas leyes del mercado con una predeterminación natural que llevaría al equilibrio y al bienestar mundial, entrañan una ideología que deforma la comprensión de su aplicación. Las leyes del mercado (en hipotéticas condiciones de competencia) son importantes como mecanismos de intercambio, como estímulos y como elementos de distribución, pero su abstracción oculta la realidad más de lo que la ilumina.

Así mismo, es una deformación pensar que hay alguna sociedad donde el mercado (que por cierto para su buen funcionamiento entraña ética y universalidad) puede funcionar de manera beneficiosa sin una buena institucionalidad.

Es imprescindible desarrollar explícitamente **formas de solidaridad** internacional más allá de la lógica del mercado y que vayan a potenciar a los más débiles y su desarrollo económico, social y político.

Al mismo tiempo el mundo necesita una **autoridad moral**, con poder de aplicación y con obligatorio acatamiento y apoyo de todos los estados nacionales. Es una necesidad tan evidente como lo era en 1890 la necesidad de la autoridad nacional con intervención para proteger a los trabajadores, regular los límites del mercado y compensar sus imperfecciones, para legislar sobre el trabajo y para desarrollar un sistema tributario con presupuestos públicos caracterizados por grandes trasvases destinados a potenciar a los más débiles con educación, salud, sistema público de seguridad social, servicio jurídico y oportunidades de trabajo.

Pluralismo cultural y diálogo. La inspiración cristiana no ha de servir (como a veces en el pasado) para afirmar y defender a los correligionarios y condenar (incluso matar) a los que no lo son. Por el contrario, nos lleva a reconocer al otro como otro en su dignidad e identidad. La radicalidad de la fe nos lleva a afirmar la dignidad de los otros por el mero hecho de ser humanos en un mundo con diversidad de razas, religiones, género, culturas... Por tanto la universidad desarrolla una conciencia personal y un clima institucional que afirma el diálogo intercultural y la valoración del otro, del divergente, del distinto.

Aprendizaje de los valores y práctica universitaria. Nosotros defendemos que la universidad no es sólo para conocer la verdad, sino para **aprender a hacer el bien con la verdad conocida**. Y aquí entran la ética y los valores. No es lo mismo una adhesión intelectual que acepta una información adecuada- el PIB bajó en 4%, el agua se congela a tal temperatura o la luna dista tanto de la tierra- que la adhesión ética y valorativa. En la aceptación ética se implica toda la persona y se compromete su voluntad, afectividad, inteligencia y acción: La verdad ética es asumida de tal manera que orienta toda nuestra acción y estamos dispuestos a dar la vida por ella.

¿Cómo introducir en el corazón mismo de la universidad y de cada carrera la humanización de la sociedad? Lograr que la racionalidad instrumental, que adquieren el médico, el ingeniero o el abogado, sea complementada con los fines humanistas, con el **para qué humano**.

Las universidades jesuitas de inspiración cristiana tienen una identidad y misión que no parten de la demanda externa sino de una visión de la vida, con **una antropología y una espiritualidad vivida y gustada internamente y encarnada en esa realidad cambiante según los tiempos y lugares**. Esto

incluye la concepción de la persona humana (finita y trascendente) como una realidad incompleta que busca su plenitud e identidad.

Por eso consideramos que las universidades de inspiración cristiana al modo ignaciano, en estos próximos años debemos señalar más explícitamente las deformaciones de las antropologías racionalistas y estatistas. No rechazar, sino discernir sus aportes y comunicar a la juventud universitaria y ofrecer nuestra visión antropológica más integral a y cultivar el gusto por el bien compartido y una manera de entender la vida cuya última y suprema realidad es el amor.

1. Visión cristiana y condición humana

La antropología humana y la espiritualidad cristiana consideran que los seres humanos **no tendemos exclusivamente al bien y a la verdad**, sino que estamos inclinados también a crear ídolos y falsos dioses que se alimentan de la dominación y de la exclusión humana. El crecimiento de la racionalidad instrumental no elimina la vieja verdad antropológica, común a hombres y mujeres de que “no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero” y que soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo (Pablo Romanos 7,15-18) El mundo y el corazón humano son campos de batalla entre el bien y el mal, pero no en ejércitos contrapuestos sino entremezclados. La antropología y la historia nos dicen que el hombre y la mujer son al mismo tiempo individualistas y solidarios, que el “homo homini lupus” (que el hombre es lobo para el hombre) de Hobbes es verdad, pero también lo es que el hombre es hermano para el hombre. No somos “yos” completos individuos autosuficientes que luego se relacionan. Nacemos del nos-otros y nos realizamos como “yos” en el “nos-otros”

En esa realidad ambigua se debate y forma la libertad humana responsable. En ella entra **la espiritualidad** como realización y como camino de libertad. Jesús nos muestra que la felicidad está en darse y que quien da la vida por amor la encuentra, aunque pareciera que la pierde. Jesús nos enseña - y la experiencia lo demuestra - que para realizarse como persona, hay que **salir de sí** y encontrarse en el **nosotros**. Salir de sí que significa dar la vida por el otro, afirmar al otro en sí, establecer con él una relación de gratuidad y no de dominación. Esta dimensión de gratuidad (presente en el reconocimiento y amor al otro), evidente en el ámbito familiar, se percibe cada vez con más claridad como necesaria para toda convivencia humana. Su ausencia, termina en un “darwinismo social” donde sólo los más fuertes disfrutarán de los adelantos y también de los bienes escasos de la humanidad como serán el agua, ciertos combustibles, la atmósfera pura, la paz y la seguridad... La “opción preferencial por los pobres”, por los hombres y mujeres sin atributos especiales, es un distintivo cristiano y humano, que apunta a la inclusión en el amor radical de Dios, no sólo a los más cercanos y a los que más valoramos y debe ser un rasgo distintivo de nuestras universidades.

2. Ordenar los afectos

Ignacianamente diríamos que, para ser libres y capaces de ordenar el uso de la razón y sus instrumentos, es necesario **“ordenar los afectos”** y los **“intereses propios”**. Libertad espiritual indispensable para ser solidarios y para crear las instituciones (nacionales e internacionales, públicas y privadas) que sirvan a la vida y no simplemente a los intereses de dominio y de ganancia de los más poderosos.

La sabiduría evangélica (tan en el corazón de los Ejercicios Espirituales) nos hace comprender vitalmente que el poder y la riqueza son dioses que dominan el corazón humano y penetran también instituciones y decisiones públicas, a no ser que vivamos el Amor como un Dios más fuerte y absoluto (Marcos 2,27; 10,42 y Mateo 6,24) . El poder y la riqueza son tan fuertes que quieren (con frecuencia lo logran en las

religiones) a un dios subordinado a ellos. Sólo el Dios-Amor gratuito no entra en la red de esos dioses del tener y del poder y verdaderamente los trasciende. Esa gratuidad nos lleva a hacernos samaritanos que se compadecen del herido. Sólo quien como Jesús experimenta el Amor (al Padre y a los hermanos) como un amor superior puede liberarse de los otros dioses y convertirlos en instrumentos para dignificar la vida. Amor mayor que nos permite ordenar los afectos.

Por muy contracorriente que sea, creemos que en la universidad al modo ignaciano deben estar muy presentes y actuantes esta antropología y espiritualidad (sin imponerlas obligatoriamente), como aporte para superar el vacío actual (pues ya no hay vivencia de una antropología ilustrada, ni liberal, ni marxista, sino que prevalece un pragmatismo utilitarista individualista. El reto de contribuir a “ordenar los afectos” es tan universitario (aunque de diversa manera) como el desarrollo del conocimiento racional, pero está muy ausente de las modernas aulas universitarias y en cierto grado también en nuestras universidades).

3. Discernir para humanizar

Esa realidad de la condición humana (lobos y hermanos al mismo tiempo), ayer, hoy y mañana requiere **discernimiento** tanto de las inclinaciones interiores como de las realidades externas donde actúa la universidad y el profesional egresado. Requiere también alcanzar la **libertad** para poder escoger y actuar de acuerdo al bien. Sólo **un amor mayor** puede superar los amores dominantes. Sólo así se puede “en todo amar y servir” (Ver Contemplación para Alcanzar Amor de San Ignacio)

¿Cómo hacer para que en la universidad, eminentemente racionalista e ilustrada, se incluya en el currículo esta dimensión de discernimiento de la acción humana y profesional en la sociedad? ¿En qué parte del currículo y cómo se incluye?

Sentido de lo público. Aunque el estudiante en su formación ética se prepare para el uso humanizador de todo ello, no sale a actuar en un campo neutral y sin resistencias al buen uso del Derecho o de la Economía. En el mundo hay una economía y unos intereses dominantes y las vigentes relaciones internacionales de poder no son neutrales. En la práctica la actuación humanizadora va a encontrar graves dificultades para lograr sociedades más justas y una globalización distinta, superando la pobreza de la mayoría de la humanidad, destinando a educación y salud de los países y de los sectores más necesitados los billones de dólares que hoy se destinan al armamentismo, por ejemplo. Hacer fuerte al débil, para que todos los países y sectores tengan empleo y desarrollo propio, para que sea eficaz la solidaridad con las generaciones que todavía no han nacido y no privarlos del medio ambiente de calidad... Son necesarias políticas públicas nacionales e internacionales con adecuadas leyes e instituciones y la universidad tiene que formar para la responsabilidad pública.

Es también una deformación pensar que hay alguna sociedad donde el mercado (que por cierto para su buen funcionamiento entraña ética y no exclusión) puede funcionar de manera beneficiosa, sin una buena institucionalidad y sin un Estado fuerte con leyes que se aplican para todos. No es de hoy sino de hace 76 años la luminosa afirmación de Pío XI “*Es de todo punto necesario, por consiguiente, que la economía se atenga y someta de nuevo a un verdadero y eficaz principio rector. Y mucho menos aún puede desempeñar esta función la dictadura económica que hace poco ha sustituido a la libre concurrencia*” (Quadragesimo anno N.88)

Pluralismo cultural y diálogo religioso. La inspiración cristiana nos lleva a reconocer al otro como otro en su dignidad e identidad. La radicalidad de la fe cristiana afirma la dignidad de los otros por el mero hecho de ser humanos en un mundo con diversidad de razas, religiones, género, culturas... En

consecuencia, la universidad católica desarrolla una conciencia personal y un clima institucional que afirman, con visión universal, el diálogo intercultural y la valoración del otro, del que es distinto, del divergente.

4. Responsabilidad para transformar

En la aceptación ética se implica toda la persona y se comprometen su voluntad, afectividad, inteligencia y acción: La verdad ética es asumida de tal manera que orienta toda nuestra acción y estamos dispuestos a dar la vida por ella. **¿Para qué sociedad formamos?**

Entre los saberes que cultiva la universidad hay unos que se consideran instrumentales y neutrales, leyes racionales inherentes a la naturaleza del campo estudiado por determinada ciencia. Otros (que con frecuencia no se estudian y se consideran innecesarios) se refieren al modo de utilizarlos para humanizar. El desarrollo de la libre racionalidad instrumental y de los conocimientos científicos y tecnológicos que de ahí se derivan son claves en la impresionante transformación de la civilización humana en los últimos tres siglos. Esta revolución cultural se expande y universaliza. Pero su aplicación (en contra de lo que prometía la Ilustración) es ambigua, puede servir para producir muerte o vida, para más libertad y justicia o más opresión, exclusión o guerra. La búsqueda de la verdad, del conocimiento y del bien es inseparable de la universidad, pero es falsa la pretensión de que en el conocimiento racional ya se incluye todo. ¿Cómo hacer para que en la universidad, eminentemente racionalista e ilustrada, se incluya en el currículo esta dimensión de discernimiento de la acción humana y profesional en la sociedad? ¿En qué parte del currículo y cómo se incluye?

Cuando hablamos de una universidad socialmente responsable, tenemos una visión humanista de la sociedad y claridad en cuanto a la negación específica de la dignidad humana en ella. Esa negación interpela permanentemente a la identidad de la universidad de inspiración cristiana. Toda la comunidad universitaria (no sólo los estudiantes) y la institución debe buscar su crecimiento en **visión** (conocimiento e inteligencia), **opción** (ética, valores y voluntad) y **acción** (práctica). Tenemos que preguntarnos en concreto **en qué tiempo** lo hace de las 4.000 horas que aproximadamente va a pasar en la universidad y **cómo**. **Visión** con inteligencia, conocimiento y comprensión de antropología humana solidaria. **Opción** con espiritualidad y voluntad: dar la vida no es perderla sino encontrarla y nos realizamos “viviendo “con los demás” y “para los demás”. **Acción** donde lo vivencial y los afectos se desarrollan practicando la visión y la opción.

A la pregunta sobre cómo formar en responsabilidad social universitaria respondemos con los siete puntos siguientes: 1) Formación vivencial y de los afectos; 2) Competencia en conocimientos instrumentales; 3) Sentido de lo público, no como una suma de “yos”, sino como creación de un “nosotros solidario”, que no anula sino incluye las realizaciones de los individuos; 4) Antropología solidaria; 5) Espiritualidad: el don y la respuesta y en todo amar y servir. 6) Discernimiento interior y exterior. 7) Voluntad ilustrada y “virtud con letras”.

Tarea exigente, pero es nuestro modo de ser universidad y con letras y espíritu servir a la humanización.

Luis Ugalde, s.j,

Universidad Iberoamericana,
Ciudad de México 27 de agosto de 2013